

Carlos Lucas, el actor invisible

Santiago Aguilar retrata en un documental la vida del hombre que fue Sansoncito, el proletario de la interpretación

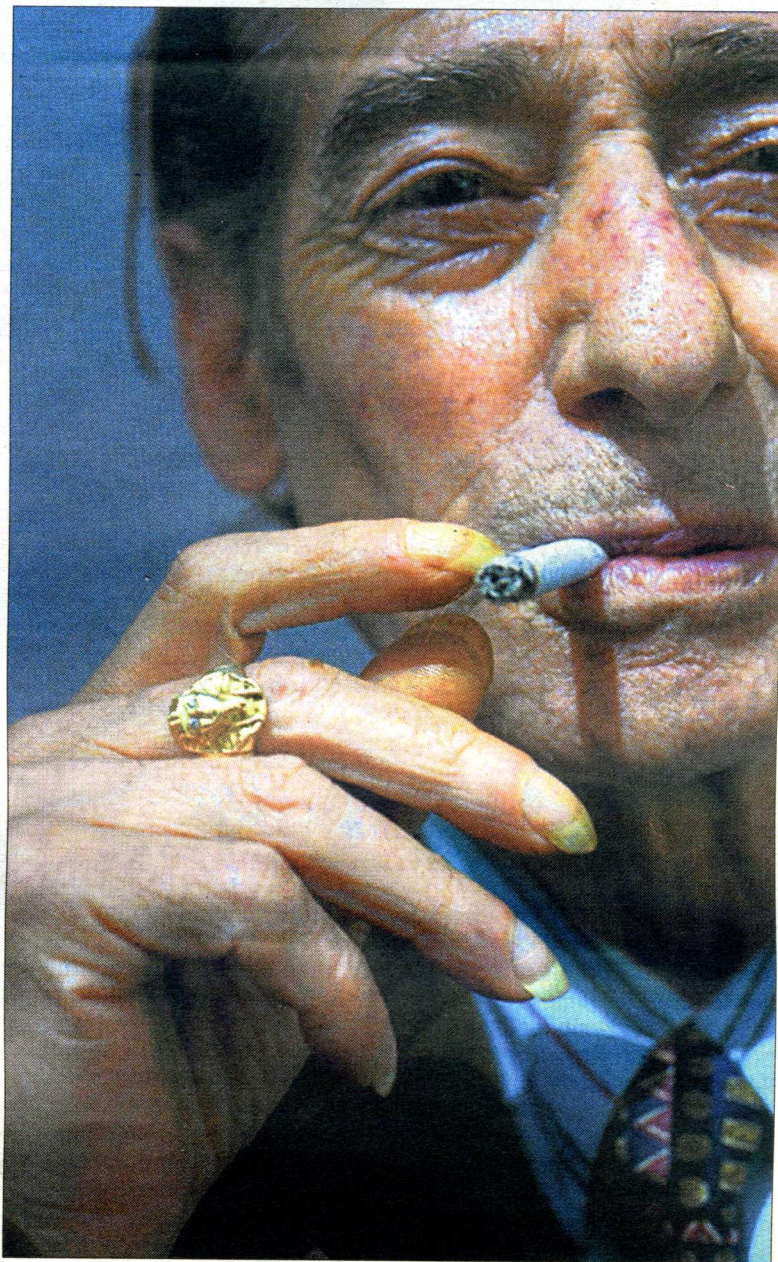
LUIS MARTÍNEZ / Madrid

«No es la historia de un juguete roto. No es la historia del alguien que fue; es el relato del que nunca ha sido». La frase quiere poner en guardia contra la triste tentación del sentimentalismo. No lo consigue. O sólo en parte. Santiago Aguilar, el que habla, es el realizador de *Carlos Lucas: retrato de un actor de reparto*, que se estrenó el pasado viernes. Y el entremuchado se refiere al protagonista de su historia. Los dos, actor y director, se conocieron hace 15 años en el rodaje de *Justino, un asesino de la tercera edad*. Carlos daba vida a Sansoncito. Su primer papel relevante tras una vida dedicada a 100 papeles irrelevantes. ¿Una vida irrelevante, quizá? ¿Qué vida es relevante?

Acto seguido, arrancó la historia de este documental «entomológico». El adjetivo es de Aguilar. Básicamente, la película quiere relatar la historia de una vida. Sencillo. Pero, ¿qué vida es sencilla? «Carlos nunca contaba nada, nunca respondía. Con cada pregunta siempre había un pero y del pero arrancaba otra historia». Y, de esta guisa, yendo y viniendo a ninguna parte, ante los ojos sorprendidos del espectador se construye un cuento en espiral, la historia de la disolución de un persona pública.

«Cuando empezamos con el proyecto, Carlos quería algo así como la construcción mítica de la tradición en la que nace su familia. Pero no tenía ni una sola foto de nada. Nos enseñó una especie de autobiografía que se detenía al cumplir los 16 años. Por cada cosa que nos explicaba a cámara, había 25 que relataba fuera de plano», recuerda Aguilar. Y así, más que al devenir lineal de una historia, asistimos al relato detallado de la propia imposibilidad de contar relato alguno. No en balde, hacen falta mil vidas enteras para aproximarse al sentido profundo de un segundo en la vida de un hombre.

Mientras tanto descubrimos que Carlos nació en una compañía de zarzuela (la de los Navarro). Su padre cantaba y su madre tocaba el violín. Abrió los ojos al mundo en Ampuero (Santander), pasó por Madrid, se detuvo en Valladolid y, por el camino, fue dándose de bruces con la geografía afilada de una España de hambre y mucho frío. Desde «el



Una imagen de 'Carlos Lucas: retrato de un actor de reparto'. / EL MUNDO

teatro lírico de las obras inmortales» al de carpa pasando por el cine, la televisión o la zarzuela siempre se mantuvo, muy a su pesar, fiel a su origen. «En el escalón ínfimo de la interpretación», concluye Aguilar.

Cuenta Carlos que aceptó un papel sin texto en *El tigre de Chamberí* (Pedro Luis Ramírez, 1958) porque daban de fumar gratis; cuenta que escribió un guión para Sara Montiel (*Comprometido en homicidio*) y que ofreció a Paloma San Basilio su *Vals parisino* (una de las tres canciones

que compuso en su vida); cuenta que la maldición de la pulmonía persiguió a su familia. Y mientras cuenta, fuma. Murió en 2004. Había nacido en 1932. «Carlos aprendió de su padre que las cosas se toman con sal y que una *morcilla* a tiempo es un triunfo». Y ahí se quedó. Eso sí, consiguió colocar una de sus *morcillas* al mismísimo Valle-Inclán. Su Latino de Hispalis decía: «A ver si nos ponemos un boqueroncito de tapa». Carlos Lucas, el actor que nunca fue. Pero, ¿alguien ha sido algo nunca?